

ellos subsiste y se complace en ellos, aparece ante mi espíritu justificada, y mejor será decir enaltecida, la fervorosa devoción con que la amamos. Afortunadamente para nosotros, la nuestra, esta Colombia de las gentiles tradiciones y de promesas ya en floración fecunda, más grandes todavía, no requiere encomio alguno de mis labios para que ante su historia augusta inclinemos la frente y la voluntad rindamos con la deleitosa embriaguez de un corazón agradecido. Por ella alimentó sus sentimientos en altísimo decoro el hombre a quien rindo en esta hora justiciera alabanza, yo, su hermano menor en las virtudes y en el tiempo.

---

## RESPUESTA A LUIS LOPEZ DE MESA

Por EDUARDO GUZMÁN ESPONDA

Señores académicos:

La primera vez que oí al profesor don Luis López de Mesa fue hace años, con motivo de cierta conferencia que dió en el extinguido Salón Samper, cuando un grupo de amigos ligados por la afición a las buenas letras, ponía todo su entusiasmo en organizar actos de esa índole y en la publicación de una revista, *Cultura*, que debía ser síntesis del pensamiento colombiano. En aquel grupo el profesor López de Mesa era figura principal y conductora. La revista, que costó dineros nunca reembolsados a sus fundadores, mostró al público una de las condiciones más salientes del ilustre compañero a quien tengo la honra de dar la bienvenida; y es la de que ciertas cosas, fáciles a todos nosotros, son para él muy difíciles. No sabe él ser superficial ni baladí. *Cultura* recibió los influjos de su espíritu analizador y científico, realizó un grande esfuerzo y murió de seriedad al cabo de cuatro años, larga vida para una publicación desinteresada y sustanciosa.

De aquella conferencia, lejana en el tiempo, cercana en el recuerdo, al discurso que acabáis de oír, y cuya respuesta me encarga una amistad generosa, media un largo camino ideológico en que nuestro recipiendario no ha sido transeúnte ocasional que duerme la siesta mientras pasan las horas meridianas, sino viajero inexhausto, siempre ávido de nuevos horizontes espirituales.

El sitial que va él a ocupar está ennoblecido por el nombre de José Vicente Concha. Electo el presidente Concha para iniciar la serie de una nueva plaza, hubo de partir a poco para Europa, como plenipotenciario de la república ante el Papa Benedicto xv; pero si no alcanzó a recibirse, la Academia lo vio siempre atento a solemnizar con su presencia las juntas inaugurales. No olvidará la Academia

el esmero que tuvo su gobierno para cumplir la ley que ordenaba levantar un edificio destinado a este instituto.

Sugiere el doctor López de Mesa una biografía del doctor Concha; empresa de alto bordo, para gente de largas travesías. En ella habría de caber toda una época de la vida colombiana, en que se vio a Concha dado a la labor silenciosa del gabinete, o en la batalla reñida por él en improvisación fulgurante al pleno sol de la política.

La biografía es el linaje literario que más ha progresado en los últimos tiempos, después de haber estado un tanto rezagada, como que hoy puede hablarse de su rejuvenecimiento y de la decadencia de la novela y del teatro. En parte la biografía ha venido a llenar el vacío que está dejando la novela, pues ¿qué son las obras biográficas en boga actualmente más que novelas extraídas no de la imaginación sino de la verdad? Vemos hoy reflorar el antiguo género biográfico, seco y duro, dando mayor importancia a los aspectos psicológicos, a las tonalidades del medio ambiente y aun a lo que ofrezca la fantasía inteligente del autor, que a las fechas sin alma.

Para animar biografías artísticas se encuentran en los anales colombianos las figuras de algunos varones de fisonomía espiritual inconfundible. El presidente Concha tiene para la biografía la personalidad y el ambiente. Aquel hombre de la cabeza dantoniana, como se le decía con frecuencia, surge de un ambiente de hogar estu- dioso, de libros, de colegio, de amistades fielmente sostenidas, de vida pública con todos sus flujos y reflujos; personalidad recia, acera- da, de contornos precisos, hecha para el alto relieve, no para los se- mitonos del pastel.

Si hubiera existido un cronista bogotano, como aquel frailecito Johan Burkard que llevó su diario de los rincones eclesiásticos de la Roma del Renacimiento, podríamos tener relatos encantadores, saturados de interés y sorpresas, sobre ciertas tertulias fomentadas a la sombra de las librerías. Figurarían allí la de don Manuel Pombo, que fue ante todo centro en que se cultivaban diariamente viejos afectos y relaciones, para lo cual servía todo tema social o literario. Pensemos lo que era la crónica palpitante de Bogotá anterior a la Regeneración, que leía el *Correo de Ultramar*, asistía a los estrenos de las óperas más populares de Verdi, y admiraba a las mujeres trajeadas todavía un poco a la moda del segundo imperio. La Librería Nueva, fin de siglo, donde se editó aquella no superada colección de la *Biblioteca Popular*, y donde las bellas letras reunieron los espí- ritus más diversos, desde Jorge Roa hasta José Asunción Silva, dentro de un ambiente de refinado eclecticismo. Si en la de don Manuel Pombo la amistad atraía la literatura, en la de Roa la literatura pro- ducía amistades entre gentes que de otro modo no las habrían tra- dado nunca. Mucho antes se había fundado por don Miguel Antonio Caro la Librería Americana, en la cual, bajo el alar de un pequeño comercio de libros ortodoxos, muchos amigos se reunían para hablar en castellano clásico de literatura española y latina, y de política con- servadora. El fundador de la librería hubo de ir a la presidencia de la república. Sería curioso un estudio sobre el influjo de las librerías

en los destinos de la nación. Las librerías han tenido complicidad frecuente en la política. Cuatro presidentes se vieron salir de entre los estantes eruditos. Concha vino a suceder a don Miguel Antonio en la propiedad de aquel comercio y en la dirección de la tertulia; años después, en la primera magistratura del país.

Aquella antigua reunión fue tomando cada día mayor sazón política, y llegaron momentos en que el grupo de amigos se convirtió en comité conspirador.

Así, la juventud de Concha respiró ese mundo libresco, pero su personalidad estaba formada para salir a la resaca pública y dar en ella toda la medida de su fuerza. Foro y cátedra son los planos en que despliega su mente de jurisconsulto. Para el uno tenía el poderoso criterio nativo, cultivado en el Colegio del Espíritu Santo, dirigido por Martínez Silva y Sergio Arboleda, sus amigos de los días mozos; para la cátedra tenía la heredad espiritual de aquel primer Concha, su progenitor e ilustre maestro. A pesar de cuanto absorbe la política, elemento natural a Concha, siempre amó el estrado y la universidad. Recordando la especie de que en la época de la independencia si Venezuela parecía un cuartel, nuestra Nueva Granada tenía mucho de colegio, lo cual es bien relativo, como todas estas especies absolutas, podríamos decir que Concha resumió todas las condiciones del buen granadino.

Débele gran adelantamiento la ciencia penal en Colombia, como que fue su vulgarizador afortunado, benéfico para la falange universitaria con sus textos de estudio, valor tangible de nuestra literatura jurídica, textos donde no se deformó la doctrina contraria ni se conoció el sofisma para defender la propia. La literatura penal, desvalida hasta entonces entre nosotros, con la llegada de Concha cobró aliento y anduvo con firmeza. Ni fue penalista por lucro, sino por atracción intelectual a esa ciencia compleja que penetra en los más descarnados repliegues de la humanidad. Ya en el declive de su vida no olvidaba esa afición persistente. Me fue dado ver en Roma al antiguo profesor de nuestra facultad, que años antes dejara colgados de su disertación clara y profunda a sus discípulos, asistiendo a las conferencias de Ferri y de Luchini con el entusiasmo de quien va a regalar el entendimiento, olvidado de su propio, extenso saber.

Cuanto al político, ¿no resulta el más precioso blasón de su biografía que la mejor página de su nutrida actividad sea la de su gobierno? En su calidad de gobernante parece que hubiera tenido siempre junto a su espíritu sus lecciones de ciencia constitucional.

En esa línea el pensamiento más lejano de su ideario fue el de los hombres necesarios y providenciales; creyente en la eficacia de las libertades ciudadanas, del mecanismo ordenado del régimen electivo, su fe no trepidó ante el espectáculo de regimenes de fuerza, por más flamantes que se le presentaran a vista de ojos, así en América como en Europa. Cuando la mayoría del congreso va a lanzar su candidatura presidencial, manifiesta que prefiere que su nombre sea votado espontáneamente por el pueblo, sin indicación de aquella junta. Pero más que esto, un recuerdo europeo le muestra en toda

su fe republicana. Hallábase en Suiza en 1922, y alguien que había dejado de verle en corto tiempo, al encontrarle a orillas del lago de los Cuatro Cantones, le felicita por su buen semblante, por lo bien que le prueba el aire de las montañas.

—No son las montañas ni es el clima lo que me hace bien, responde; lo que da la vida es este ambiente de libertad que uno respira a pulmón pleno; es esta tolerancia libérrima que se entra por los poros; este respeto por la conciencia ajena que casi se toca con la mano.

Si se ha dicho que todos los políticos tienen algo de actores, desde Augusto hasta Sagasta, puede distinguirse entre aquellos que fueron más comediantes que hombres públicos, y los estadistas que sólo tuvieron, natural, sinceramente, la parte dramática anexa a su destino. Los golpes escénicos de estos últimos son producto de un *impromptu* cordial, de una elación de espíritu, de aquella electricidad moral siempre pronta a la descarga y al relámpago. Aun en políticos aceptados como prototipos de serenidad, a poco que se les estudie surge el hombre vehemente. Dentro del panorama de nuestra historia tenemos a Murillo, que representa la primera figura de una época, el tacto, la medida, el juego enguantado, con páginas de su pluma y de su vida como el *Alea jacta est*, de violencia al rojo blanco.

En Concha la vehemencia saltaba fácilmente. Su vibración psicológica estaba siempre alerta, por lo cual fue hombre central de la oposición a lo largo de un trecho bien dilatado de su vida. Su primera fila de trincheras estuvo en el parlamento. Su prosa, hecha para la exposición reposada del catedrático y del juriconsulto, de período amplio, poco se avino con el estilo nervioso y cortante del periodista contemporáneo. Aunque articulista doctrinario y sustancioso, el periódico fue para Concha segundo reducto de sus campañas; antes que su pluma, está su palabra. Concha es la elocuencia flúida, sin bambalinas retóricas, enérgica, musculosa, maravillosamente atorillada en las columnas de una dialéctica de granito.

Bogotano típico —y en la Facultad de Derecho los estudiantes de lejanos departamentos le observaban sonrientes su pronunciación esencialmente santafereña— Concha no enseña una de las fases más comunes en sus coterráneos: no sabe gracejar con las cosas públicas. Tal vez no ha habido personaje de nuestra historia que más seriamente haya contemplado la política. Lejos de él la idea del político oportunista, para quien el ideario pasa después de la maquinación del éxito inmediato. La política no es para él sino la forma de poner en práctica una doctrina en que se cree con ardor; la carrilera de las ideas que nos apasionan. De ahí sus violencias de tribuno y su aplomo de gobernante.

La nación entera apreció esta antítesis que presentó su carácter, cuando vio al jefe de una parcialidad política, que había hecho estremecer de continuo a los gobiernos con su ataque cerrado, convertirse en magistrado cauteloso, de toga y balanza, que sorteaba las adversas circunstancias producidas por la guerra universal, y que gobierna serenamente fijos los ojos en la ley y en la historia.

Encontróse en su camino el doctor Concha con dos hombres, figuras inseparables de su derrotero de estadista y de la historia nacional. Caro y Suárez intervienen en el cuadro de la existencia de Concha, como fisonomías de contraste que se combinaron con la suya, a veces armoniosamente, a veces en desconcordancia de temperamentos, de ideas, de situaciones.

Don Miguel Antonio representa el primer papel durante la juventud de Concha. Toda especie de lazos, políticos, comerciales, afectivos, los que ligan a quien está llegando a la cima y a quien le sigue en la distancia de los años, existen entre ellos. De repente, la política los lleva a opuestas márgenes. ¿De dónde emanaron aquellas inarmonías, cómo fueron tomando cuerpo, cómo estallaron, cómo fueron apaciguándose hasta llegar en Concha a los homenajes que sólo se rinden a las sombras venerandas?

He ahí la tarea del historiador sicólogo, bien diferente de la que se realiza en un apunte memorativo hecho para esta solemnidad.

Los contactos con Suárez no son menos inseparables de la biografía de Concha y de las crónicas de la república. Darían ellos para capítulos enteros, escritos por artistas de la historia. Sainte-Beuve hubiera encontrado allí materia para varios de sus *Lunes*.

En la unión con Suárez, después de posiciones encontradas y violentas, forjada en el vértice de la pirámide conservadora, al lado de la grandeza en el ademán que olvida y abraza y salva, existe en la penumbra como un mal hado, no por silencioso menos implacable, el roce continuo de dos espíritus hechos para no concordar. El presidente Concha y su ministro de relaciones exteriores, representan la unión de un partido político ante el país, y el gobierno indivisible de una nación, ante el mundo inflamado por la guerra europea. Era una fachada llena de inteligencia y de claridad, revestida de fina soldadura, pero hendida, como el vaso roto de Sully Prudhomme. Pudiera decirse que aquellas dos mentes se guiaban por un mismo amor de patria, hilo conductor en el laberinto político; sólo que lo habían empuñado en sentidos diversos.

En las grandes cuestiones y en los menudos incidentes parecen ponerse de presente aquellas disonancias de tonos espirituales. La guerra de 1914 es punto frecuente de divergencia entre el presidente y su ministro. La misma neutralidad de la república no es comprendida por ambos sino con diverso temperamento, principalmente cuando la Estrella polar aparece en la contienda apocalíptica. ¡La Estrella polar, mirada por esos dos astrónomos del cielo internacional desde ángulos tan diferentes!

Existe un pormenor en que la fantasía cree ver algo de aquellos matices encontrados. La caligrafía bizarra de Concha y la erudita de Suárez, que por la época de la presidencia del primero alcanza en ambos su ápice de belleza, parece descender un poco el telón y dejarnos columbrar aquellos interiores de alma que dirigían por entonces la república. La arquitectura de aquellas mayúsculas, dignas de un misal antiguo, el desfile de las minúsculas, más enérgi-

co en Concha, más artístico en Suárez; la redondilla de éste unida, fina, graciosa; la pastrana del presidente grande, fuerte, desligada, con tendencia rectilínea y angulosa, dan para lindas divagaciones de grafología. Maestros ambos en el arte caligráfico, tan descaecido hoy, de sabor exquisitamente añejo, proporcionan por medio de la grafología —ciencia no menos exacta que otras que presumen de exactas— materia de observación para atisbar la historia a través del enrejado elegante de sus letras.

Ese arte caligráfico ha sido cortejado con frecuencia por hombres principales de nuestra patria. Hoy mantiene tal tradición nuestro director, don Miguel Abadía Méndez, amigo dilecto de Concha desde los tiempos escolares y su compañero en dilatadas empresas y aventuras políticas.

El presidente Concha pareció reflejar el señorío de esta patria que fue su obsesión en todo negocio público, cuya inviolabilidad jurídica constituyó su desvelo perenne, y en cuya tierra quiso que descansara la que había sido su hermosa envoltura corpórea. A través de los tiempos se divisará su perfil como el de un político de la Inglaterra victoriana, de esa Inglaterra que da la impresión de que su grandeza se debió a ser un país de instituciones liberales con un pueblo conservador. El ideario del doctor Concha parece, a grandes rasgos, inspirarse en esta antinomia. De ahí que a ciertas luces ofreciera la imagen de un personaje liberal, a pesar de su fuerte armadura tradicionalista.

Su larga e intensa labor parlamentaria, los proyectos de ley de su mano, aquel *habeas corpus* caro entre todos sus anhelos legislativos, así lo acreditan.

Entre nosotros no se ha levantado el panteón de los grandes hombres. Quiero creer que no esté lejano el día en que se alce esa fábrica de gratitud y muchas veces de desagravio. El tiempo ha de defender su pórtico glorioso contra las acometidas del interés político aliado a la errónea apreciación que da la falta de perspectiva histórica. Cuando ésta, al cabo de décadas de años, deje ver en sus justas proporciones a los personajes del pasado, las puertas del panteón se franquearán a las cenizas venerandas; y entonces se contemplará la figura del presidente Concha como uno de los mejores puntos de referencia en el panorama moral de la república.

A aquel gobernante y jurisconsulto sucede en esta ocasión un hombre de ciencia que sólo ahora ha entrado en contacto con el gobierno, para beneficio de la instrucción pública, y cuya imaginación anda limpia de códigos. Caprichos retozones de esta Academia, que gusta del contraste, de la sorpresa, de la antítesis. No quiero decir con esto que nuestro nuevo compañero haya sido indiferente a la política, como que ha venido observándola con anheloso interés, paso a paso, desde la línea tranquila del equilibrio del crítico, y excepcionalmente con la vehemencia a que no es posible sustraerse en nuestro medio ambiente; pero todo ello desde su laboratorio de hombre de ideas y de hombre de letras.

Con esto quiero expresar que su personalidad es compleja, y que si ha amado las bellas artes, siempre las ha apareado con las ideas que le suscita la contemplación de la sociedad, sea la que yace en las petrificaciones de la historia, sea la contemporánea con todas las transformaciones que bullen en su interior, y que el sociólogo va palpando como entre una habitación semioscura. Los *Apólogos*, que fueron su primer suceso juvenil, nos enseñan la constante preocupación del autor por la forma y por las ideas. El doctor López de Mesa se estrenó en el mundo literario volviendo al antiguo comprimido del apólogo, mezcla peregrina de imaginación y de filosofía, un tanto olvidada en los tiempos que corren, pero con antecedentes españoles de tan ilustre blasón como el del *Conde Lucanor* y el de *Calila y Dimna*; fábulas apólogas que encontraron en España terreno propicio a su desarrollo y florecimiento, como buenas orientales que eran por su ascendencia. En ningún género se habrá encontrado mejor a un mismo tiempo el profesor y el estilista.

Volviendo a esa especie literaria, tomó López de Mesa nuestros sentimientos y nuestras ideas, y los fue engastando uno a uno en la historieta sabrosamente arcaica. Allí nos hace tocar la tragedia ante la sobriedad de dos páginas que contienen el apólogo de la fe, y la sutileza en el del amor, y lo expresivamente subjetivo en el de la felicidad, y lo conceptuoso en el de la religión, y el panteísmo en el de la muerte, y la delicadeza en el del recuerdo, que no es ficción erudita sino reminiscencia doméstica, fina como nuestras percepciones de remota infancia, y que no por remotas dejan de presentárenos a la memoria inflamadas de vida.

Si leer es viajar mentalmente, y si todo libro puede considerarse libro de viajes, puesto que nos transporta a los países del pensamiento, las obras, o mejor, las páginas que pasan a nuestros ojos en un momento dado, adquieren para nuestra sensibilidad fisonomía de ciudades conocidas o soñadas. Unas siempre ligeras, gayas, luminosas como de costas, como de puertos latinos; otras presumidas, ensimismadas en su vestidura superficial, en sus fachadas, como ciudades mediterráneas preocupadas constantemente de ciertos refinamientos de forma; éstas, generosas, señoriales, que nos abren los brazos patriarcalmente, a la antigua, cuyos rinconcillos recatados más que encrucijadas que nos desorientan son sorpresas cariñosas que nos salen al paso; aquéllas, son ciudades de interiores domésticos, y que es preciso habitar por algún tiempo para conocerlas y saborearlas. Hay que penetrar en ellas con espíritu investigador para exprimir sus ambrosías y descubrir sus misterios. Ambiente nórdico, londinense, vagaroso, como ciertos pasajes del doctor López de Mesa, donde su pensamiento se diluye en neblinas llena de exquisitas sugerencias, pero incoercibles. Díjérase que a veces al doctor López de Mesa le agrada escribir *en difícil*.

Generalmente en los escritores de prosa, que no han publicado verso alguno, se encuentra la veta de poesía que reemplaza la obra propiamente lírica, a veces como producto de extravagante intento, a veces como exhalación de vibraciones íntimas y sutiles. Este último

es el caso de nuestro compañero, que no ha dado a la estampa, pero ni guardado en su cofre de secretos, la primera rima de su mano. Su brote poético se filtra de vez en cuando en sus más severos escritos; sólo que la obra en que se le da espacio pleno es *Iola*, obra de primera juventud, etérea al propio tiempo que profunda, como para sacar verdadera la observación encontrada no en los textos de patología sino por la sobrina de don Quijote, de que la poesía es enfermedad pegadiza e incurable.

Ni hay causa para sorprenderse de que la vena poética de nuestro recipiendario sea la mística, si recordamos su tendencia al panteísmo. Es verdad que *Iola* es una preciosa colección de figuras de mujer trazadas con criterio impresionista y juvenil, breviario sentimental para leer a trechos, como los libros de horas; serie de estados de almas vibrantes ante el influjo amoroso. Allí, donde se presenta la prosa más peinada del autor, y donde el suave impulso de su mano vese trenzando muelles períodos, rítmicos y maduros, acordes con su filosofía sobre el alma femenina, es donde más se revela su temperamento entre laico y religioso, entre pagano y místico; porque si la religión del doctor López de Mesa es problemática, su religiosidad es indiscutible.

Me inclino a creer que no se tuvo en muchas de esas páginas el deseo de escribir prosa mística; sino que ella surgió espontánea, inconscientemente del concepto metafísico que hubo de inspirarlas.

Mujer y naturaleza son los dos elementos que se entremezclan allí constantemente, como los colores artificiales en los juegos de agua nocturnos. ¿Y cómo no había de serlo la naturaleza si ella constituye uno de los personajes más vivientes en las obras de nuestro eminente compañero? Recordemos que en su ensayo sobre *La civilización contemporánea* se apunta como pensamiento liminar que el campo constituye el medio más eficaz de inspiración en religión y filosofía, en amor y en arte. Quien emite tales conceptos y tiene esa saludable obsesión del paisaje como sujeto de contemplación y de interpretación, es hombre de vida ciudadana, de laboratorio y biblioteca, de cátedra y de salón. Todo esto no contrarresta su tendencia invencible por la naturaleza; ni impide que ésta hable en varios pasajes de su obra un lenguaje más expresivo que el de las figuras humanas que en ella se agitan. Una de las diferencias protuberantes entre sus dos novelas es la que toca con los influjos de la naturaleza, persistentes en *El secreto de Nilse*, ocasionales y rápidos en la *Biografía de Gloria Etzel*.

En ésta el sentimiento de la maternidad parece asfixiarse en el mundo ciudadano en que se agita, y nos hace recordar la triste frase del autor de que la ciudad es una nevera de almas.

En cambio, en *El secreto de Nilse* se siente el trópico a cielo abierto. No quiere esto decir que sea un libro tropical, en el sentido despectivo que ha venido tomando esta voz, y que debería figurar ya en el Diccionario. Nada en el doctor López de Mesa es tropical; nada es excesivo, ni hinchado, ni chillón en el adjetivo ni en la idea. Quiero decir que el hálito de nuestras tierras calientes se entra por aquellas páginas, que no parecen a veces sino ventanales que reciben la re-



solana de Santafé de Antioquia, merced a la vívida descripción. En tal ambiente se estudia un caso tocante a la estética de la personalidad, que hace recordar a Bretón de los Herreros en su comedia famosa *Muérrete y verás*; sólo que en ésta se nos presentan las sorpresas que produce el amor a quien da ya por muerto la sociedad, y en la otra vemos principalmente las sorpresas que el personaje tiene consigo mismo en su condición de Narciso embelesado con su propia metamorfosis.

Ni me desplace que se nos haga olvidar en ese libro que vamos viajando en novela, y que nos detengamos largas horas en cualquier estación de lucubraciones estéticas. Aparece entonces el ensayista sobrepujando al novelador; fenómeno frecuente y de la misma índole que el observado en los grandes novelistas cuando escriben teatro, dando a sus piezas el movimiento tardo y descriptivo del género que señorean.

He nombrado las dos novelas de López de Mesa, de las cuales prefiero la que es menos novela, porque en ella está mucho más presente su autor. Entre un buen libro en que veo poco al autor y otro en que éste se revela cuán alto es no vacilo en el escogimiento, y menos si a quien voy a encontrar es al ilustre colega, malabarista de las ideas, argonauta de la filosofía, aristócrata del pensamiento y ejemplar de lujo de la galería espiritual de nuestra época.

Parece que nuestro compañero hubiera estado buscando su camino de Damasco en la región de las letras; pues el doctor López de Mesa es insaciable consigo mismo. Aquellas obras de imaginación no debían llenar sino una etapa de su labor intelectual. Síguenles sus ensayos en que dio con la plenitud de su propia manera.

En el ensayo es donde mejor puede extenderse y jugar quien tenga combinadas cualidades de filósofo, de historiador, de sociólogo, de crítico. Forma concentrada, el ensayo aparentando cierta ligereza ha de ser profundo, y vistiéndose de cierta simplicidad ha de guardar condiciones de aglutinante. Especie literaria perfeccionada cada día más en la moderna literatura, cuadra a maravilla con la complicada urdimbre de nuestro tiempo. Díjose de Montaigne, iniciador del género, algo que también podría aplicarse al doctor López de Mesa, y es que no tuvo más ocupación que pensar. Y no tan sólo siente la delectación morosa del pensamiento, sino que fuerza a los demás cuando estamos en contacto con sus escritos, u oyéndole, a abandonar nuestra sólita ligereza y superficialidad.

En el ensayo está nuestro compañero en su propia casa; y desde allí observa el juego de las corrientes sociales, económicas, afectivas, en que va rodando la humanidad, ¿para llegar a dónde?... ¿Qué alcance tiene la reacción que experimenta la humanidad en el momento febricitante que vivimos? Al doblar el ángulo de la presente época, ¿qué panorama vendrá a presentarse en el curso de dos o tres generaciones? Esta transformación presurosa en que el principio de la relatividad se acentúa en todo, comenzando por las matemáticas, ¿no nos conduce a una segunda Edad Media? ¿Volverá la economía feudal a dominar el mundo, poniendo a su servicio todo el acervo del pro-

greso, resucitando el baluarte antiguo con el nombre de Estado? Algunos países de nuestra América y algunos recodos de Europa ¿vendrán a hacer el papel de los monasterios medioevales, conservando la tradición arrollada y vencida?

¡Cómo nos hace meditar ese estudio sobre *La civilización contemporánea*, en el cual se despliega con serenidad y esbeltez, con la impasibilidad del químico ante la reacción observada en la hirviente probeta, el lienzo de los problemas sociales que asedian y complican el mundo actual!

Pero Colombia ha sido la madera preferida por nuestro compañero para labrar sus ensayos más detenidos.

Allí su arte de la composición, donde al lado de las estadísticas reseca, florece la descripción vivaz entre el pedregal de los números.

Se ha dicho que cada hombre, como cada pueblo, ama la patria a su manera. Para López de Mesa, Colombia ha de ser ante todo la del hogar campestre, la nación de la aldea modelo, punto de intersección entre la ciudad y el campo, que le presta a aquélla su cultura y a éste su libertad y su pureza. En la cultura aldeana cifra una de sus más nobles aspiraciones, que ha convertido en una de sus más intensas tareas, removiendo el terreno educativo con el arado de las novedades. Con este motivo ha admirado el congreso su disertar cálido y sapiente, y su agilidad para saltar el obstáculo que le oponga la contradicción parlamentaria.

Los temas colombianos dan sus mejores páginas, y logran hacer sintético un temperamento tan fundamentalmente analítico, y concreto el juicio de un expositor inclinado a la explicación en abstracto.

Releed sus estudios sobre los problemas de la raza, la introducción a la *Historia de la cultura colombiana*, el *Cómo se ha formado nuestra nacionalidad*. Colombia es la obsesión mental y cordial del autor: estudiar a Colombia en su pasado y en su porvenir; carmenar en capítulos de inteligente observación las flaquezas y excelencias de su raza, en la lucha con el clima, con la configuración geográfica impropicia, con el influjo atávico; observar las modalidades psicológicas propias de cada departamento; clasificar, rastreando los acontecimientos públicos, a las generaciones colombianas desde el punto de vista político, intelectual y afectivo; interpretar a la patria lo mismo ante la página histórica dura al análisis que ante la imagen que está destiñéndose siglos ha en la penumbra de una iglesia colonial, y a la que López de Mesa enciende de súbito su lámpara votiva en prosa emocionada.

\*  
\* \*

He olvidado decir que el doctor López de Mesa representa el tipo del médico eminente que sabe combinar sus disciplinas humanas con las de su ciencia y profesión. No ha sido esto fenómeno muy frecuente en Colombia; pero recordemos con esta oportunidad, y por tratarse de figuras extintas de la tierra natal de nuestro recipiendario,

a los doctores José Vicente Uribe, Manuel Uribe Angel y Luis Zea Uribe; hombres de letras, al propio tiempo que ilustres médicos.

Desde muy antiguo el médico ha sido blanco de la mordacidad de los letrados, ocasional o premeditadamente. La novela, y más aún el teatro, por ciertas épocas han resultado implacables con los profesionales de la medicina. ¡Médicos de *Gil Blas* y de *Don Quijote* pintados de manera tan humorística! Médico de las comedias regocijadas españolas, pariente de los de Tirso y de Molière, a menudo farsante, haciéndonos creer más en sus ardidés que en su ciencia y poniendo su profesión de escabel para sus empresas amorosas; sólo que si los siglos clásicos de la literatura fueron especialmente maleantes con los médicos, el romanticismo y el realismo volvieron por su causa y les colocaron en primera línea. Si Quevedo en sus sueños les vio desfilando macabramente en el infierno, Balzac hizo del médico sus más amables creaciones, en recompensa de lo cual los médicos afirman que Balzac es el único novelista que no disparata al hablar de medicina.

Esta reacción favorable, para hablar en su vocabulario, que han experimentado los médicos en la literatura, es efecto del maravilloso avance de su ciencia en el siglo pasado, que convirtió al físico de antes, rudimentario y melindroso, en una de las más nobles figuras de la humanidad.

Entre la terminología médica y el lenguaje común existe la corriente de los vocablos que están pasando a porfía del empleo enteramente técnico al uso vulgar; por lo cual podemos decir que los médicos son excelentes exportadores de palabras para nuestro lenguaje ordinario. A veces las recibimos con su vestidura completa, aderezadas con todos los requisitos de la filología, y luego las deformamos para el roce diario, como quien dice, les ponemos vestidos de entre casa. Nadie habla ya de *neurastenia*, sino de *neura*. Otras veces nos envían la palabra con tocado un tanto exótico, y el vulgo instintivamente, como inspirado por los númenes del idioma, busca la forma natural y castiza. Por más que algunos doctores nos digan con solemnidad el *tifus*, el pueblo repite castellanamente el *tifo*; y si los oímos, cual suele suceder, diciendo *hormona*, a la francesa, no les demos muchos oídos y sigamos usando la voz *hormón*. Ni faltan casos en que el vocablo médico pasando al lenguaje común tome disparatadamente significado contrario al propio, como acontece con la voz *álgido*, que de fría la hemos convertido en calurosa. *Inocuo*, *no dañoso*, según los médicos y la etimología, lo hemos convertido en *baladí* o *inútil*.

Recordemos también, de manera perfuntoria, palabras de orden patológico, muy castizas, que han experimentado la acción de la moda, siendo reemplazadas por otras en el uso corriente. Tal ha sucedido entre nosotros, no en España ni en diversos países americanos, con *calentura* y *romadizo*, que alcanzaron a usarse aquí de continuo hace apenas dos generaciones.

Y si de la terminología científica pasamos a la locución familiar, anotemos que los médicos suelen presentar novedades con que tropiezan los observadores del idioma, no siempre de acuerdo entre sí.

La semántica y la gramática son frecuentemente inspiradoras de esas divergencias. En lo que puede repugnar a la preceptiva rigurosa de ésta, ve aquélla una sustancia atrayente para aplicar su microscopio. De donde puede concluirse que la gramática instila en sus aficionados un espíritu conservador, en tanto que la semántica nos hace liberales con el idioma. Entre los estudiosos de una y otra hay las diferencias que se observan entre médicos y naturalistas; que no se trata en nuestro caso sino de médicos y naturalistas del lenguaje. En los primeros, la preocupación constante por la acepsia y la defensa, de lo cual procede su ceño gravemente dogmático; en los segundos, un temperamento frío y reposado, siempre a la caza de fenómenos naturales, sin tendencia a la clasificación de vocablos en justos y réprobos.

Hase hecho frecuente una expresión propagada por los médicos, cuando dicen que el enfermo *no tiene temperatura*; expresión que el espíritu gramatical calificará de disparatada y en pugna hasta con la enseñanza de la física. Exigirá que se diga si se trata de temperatura alta o baja, enfermiza o normal. La semántica ve en tal locución un caso curioso de polisemia efectuado por medio del acortamiento o mutilación de ciertas expresiones, en que una palabra embebe a manera de esponja el significado de otra u otras y aun de todo un complemento, que desaparecen. Expresiones en escorzo, pudiéramos decir poniendo el término de pintura que equivale al *raccourcissement* de que hablan los filósofos franceses. Caso semejante, muy curioso, a este de dar la sola voz *temperatura* significado de temperatura de fiebre, es el de la locución doméstica, paréceme que muy bogotana, cuando se dice que el enfermo se *quedó profundo*, por *profundamente dormido*. Seguramente la voz *grave*, registrada apenas en la última edición del Diccionario con significado de *enfermo de cuidado, con enfermedad grave*, ha tenido un desarrollo semántico parecido. Modismo muy nuestro cuando nos preguntan cómo anda nuestra salud, es responder que *regular*, por *regularmente*, convirtiendo muy campantes el adjetivo en adverbio.

Así, a los médicos, que tienen en esta Academia doble y brillante representación, toca papel especialísimo en el estudio de las cuestiones idiomáticas.

Llegue, pues, en buena hora a nuestra casa el doctor López de Mesa, quien a su saber y a su prestancia intelectual une la fineza del sentimiento. Su ciencia no le ha secado el corazón, sino antes bien se lo ha acendrado, circunstancia la más amable de su personalidad, con la cual lleva adelantado para el ejercicio de la medicina el conocimiento de las razones que tiene el corazón y que la razón no conoce, de que habla el pensamiento de Pascal. Como en ninguna otra línea del saber, en la medicina esas razones obligan, conducen, salvan; y cuando no pueden salvar ungen con el bálsamo del alma a la humanidad afligida por el dolor. De ese bálsamo será siempre rica el ánfora del doctor López de Mesa, y al darle el abrazo de bienvenida me complazco en hacer la apología de su corazón, a la par que el elogio de su ciencia y de sus letras.